

Recuerdos, vivencias y añoranzas

Herminia Leal Lorenzo

DE LA VIDA DE UNA EMIGRANTE ZAMORANA: DE SAN VITERO EN URUGUAY

Mi historia se remonta a una historia de emigrantes: Mis abuelos eran muy pobres.

Mi abuelo Victoriano, padre de mi madre, emigró a Cuba con la finalidad de ahorrar y de esa forma poder comprar unas tierras en el pueblo para estar mejor; pero no corrió con la suerte deseada, pues el banco donde guardaba el dinero dio quiebra y se quedó sin nada. Mi abuela Miguela tuvo que mandarle para el pasaje, y regresó a España.

Mi abuela Máxima, madre de mi padre, emigró a Uruguay. Estuvo unos años aquí, hasta que después regresó a España, se casó allí y allí permaneció. Cuando mi abuela estuvo en Uruguay, la ciudad de Montevideo llegaba hasta la Puerta de la Ciudadela.

Mis padres, Marcelino Leal Ramos y Justina Lorenzo Hidalgo, se casaron en San Vitero¹. Ya casados vivían cada uno en la casa de sus padres, porque no tenían una casa en común. Allí se vivía de lo que se cosechaba, y se trabajaba mucho en el campo. Se plantaba el trigo, se trillaba y luego se llevaba el grano a un molino del que ya salía la harina y el salvado. También se plantaba el lino. Me acuerdo siendo una niña ver las plantaciones de lino, hermosas con sus flores azules. Luego se cortaban, se hacían manojos y se llevaban al río a San Juan, que era un pueblo lindero a San Vitero. Allí, en el río, se dejaba varios días para que se ablandara, luego se procesaba en la casa

¹ Localidad de la provincia de Zamora (N.E.).

hasta formar una fibra, que luego se hilaba y quedaba un hilo de lino, con el cual se hacía tela.

La gente del pueblo sabía hacer de todo. La lana de las ovejas se hilaba en ruecas rudimentarias, luego se teñía con cortezas de plantas. Se hacían mantas hermosas en telares y a mano y también ropa para las personas. En ese pueblo muy poco se compraba, pues (*sic*) la verdura y las legumbres, todo se cosechaba, también fabricaban los fideos, que los colgaban de unas varas para que se secaran y duraran un tiempo.



Esta foto fue sacada al tercer día de llegar al Uruguay. Mis padres, mi hermana y yo con un amigo de mi padre.

Cada familia tenía sus animales, que le servían para el trabajo y para el alimento. Los burros se usaban mucho para el trabajo, porque no había máquinas; era todo a pulmón. De los cerdos se hacían chorizos, morcillas, jamón crudo del que aún recuerdo su exquisito sabor.

Mi padre, Marcelino, junto con el trabajo de la tierra, había aprendido con mucho empeño y sacrificio la profesión de sastre. Caminaba nueve kilómetros aproximadamente por día para ir a aprender, y también trabajaba algo.

Las casas tenían gruesas paredes de piedra (por el frío). Adentro se hacía fuego, que se llamaba lumbre. Ahí se colgaba una olla donde se hacía la comida, que generalmente era caldo de coles con carne de cerdo. También se colgaban los chorizos para que se ahumaran y curaran.

Generalmente, al costado de la casa había un corral donde se guardaban los animales, porque el frío del invierno los mataba, y en ese corral grande se hacía un colchón de hojas de árbol traídas del bosque, donde los animales

hacían sus necesidades, al igual que las personas, porque no había baño en las casas. Luego de tantos días se sacaban esas hojas y se usaban de abono. Nuevamente se traían hojas nuevas, y así se mantenía sin olor y limpio. En unas piezas que había en los corrales se guardaban también distintos granos como trigo, porotos², garbanzos, papas, etc.

En los corrales era común ver como anidaban las golondrinas. La gran mayoría de las casas tenían en su puerta un agujero redondo para que entrara y saliera el gato.

Recuerdo mi pueblo, San Vitero, como una ciudad en miniatura, muy bonito. Me encantaba jugar en la nieve, haciendo bolas y tirándonos entre los niños. A veces venían comediantes ambulantes en carruajes y era una diversión ir a ver el espectáculo. También los domingos de tarde se hacía baile en algún lugar del pueblo, al aire libre. Se bailaban, entre otros bailes, los pasodobles. Grandes y chicos, todos se divertían, y a mí me encantaba todo eso. San Vitero tenía aproximadamente ciento cincuenta vecinos. Era hermoso: tenía dos escuelas, dos iglesias, dos molinos, tres fuentes, sus prados y su bosque, todo en conjunto era como un lugar encantado. También se hacían ferias: una se hacía todos los meses; me acuerdo de que vendían de todo un poco, como pulpo en cazuelitas que se comía allí mismo. La otra feria se hacía dos veces al año. Se llamaba “La feria del Cristo”, porque se hacía al lado de una iglesia que se llamaba “Del Cristo”. Esta feria era muy grande, venía gente de los pueblos linderos a comprar y a vender, se vendían hasta animales.

Mis padres, como ya conté, trabajaban la tierra, y mi padre también cosía, pero ellos estaban casados y no podían vivir juntos por no tener casa ni tierras propias porque eran de sus padres. Lo peor fue cuando falleció mi abuelo paterno, Valentín, (yo aún no había nacido) pues surgieron problemas familiares, que sumados a los económicos de esa época, fueron los que hicieron a mi padre emigrar hacia Uruguay para ver si podía ya formar un hogar y tener su familia con él.

Dado que cuando mi abuela paterna, Máxima, estaba en Uruguay, también vivía allí su hermana Manuela; ella se quedó aquí y luego se casó, formó su familia con su esposo Ramón y sus hijos. Ramón, el tío de mi padre, fue quien lo reclamó, por eso pudo venirse a Uruguay reclamado por su tío.

Al llegar a Uruguay mi padre empezó a trabajar de sastre, pero no le iba nada bien y temía tener que irse de vuelta, pero a los dos años la situación mejoró bastante, y vivía con sus tíos. A los tres años de estar aquí en Uruguay decidió reclamarnos o irse porque nos extrañaba mucho. Empezó los trámites para traernos.

² Alubias (N.E.).

MIS RECUERDOS

Allá por el año 1957, cuando yo tenía siete años de edad, vivía en un pueblito muy chiquito de Castilla la Vieja³ llamado San Vitero, provincia de Zamora. Mi padre hacía tres años que se había venido para América del Sur, a Uruguay, y se quedó en su capital Montevideo. Mi madre seguía en San Vitero, con mi hermana de dos años, Valentina, y yo. De mi padre en San Vitero no tengo ninguna imagen, pues se fue cuando yo tenía cuatro años y no me acuerdo nada de verlo.

Pasé mis primeros años en un pueblo con un bosque y hermosas flores, árboles frutales, fuentes, lo cual hacía de mi vida algo muy natural. Jugaba con mis amigas, iba a la escuela y era una niña feliz. Dormía con mis dos abuelos maternos, que los adoraba. Todas las tardes esperaba a mi abuelo Victoriano cuando venía con las vacas, porque me traía moras del bosque.



Tíos, abuela y primos.

Me acuerdo de mi pueblito, y es tal como una postal en mi mente. Al entrar a él, en un costado de la carretera, había dos árboles de castañas muy grandes, y debajo de ellos jugábamos, con sus hojas grandes nos hacíamos sombreros. Me acuerdo del bosque, tupido en vegetación, y de las jaras que tenían lindas flores, las margaritas de todos colores y otras flores que cubrían

³ San Vitero, provincia de Zamora, pertenece al antiguo Reino de León, no de Castilla la Vieja (N.E.).

el bosque y los campos en la primavera. Los puentes, (con forma de arcos), con sus arañas de patas largas, en los cuales jugábamos y buscábamos erizos. Al arroyo que cruzaba el pueblo iba la gente a lavar la ropa, porque en las casas no había agua.

A la escuela a la que yo iba, en el invierno, llevaba un braserito de lata, dándole vueltas para mantener vivas las brasas; así nos calentábamos porque hacía mucho frío. Frente a la escuela había una plaza, en la que jugábamos debajo de una morera. También ahí había una de las iglesias del pueblo, a la que me encantaba ir cuando había casamientos o bautismos, porque tiraban cohetes, monedas y caramelos. Me acuerdo de las procesiones, pidiendo que lloviera cuando había sequía; y de muchas otras cosas más. San Vitero, un pueblito de película; perfumado por el aroma de los manzanos y las rosas. Ese perfume todavía perdura en mi mente. Entre medio de toda esta postal, un día me vi en una ciudad, no me acuerdo cuál era. Al tiempo supe que esa ciudad era Gijón.



Mi abuela, tía y primos.

Nos hicieron muchos exámenes médicos, y luego fuimos a comer sardinas a un lugar que se parecía a una pensión u hotel chico. Permanecimos varios días en esa ciudad. La veía grande, era la primera vez que se salía del pueblo. Yo no sabía qué era lo que estábamos haciendo en esa ciudad mi madre, mi hermana y yo. Adoraba cada piedra de mi pueblo, cada flor, el bosque, el trigo, la siega, mis abuelos y mis tíos, pero cada vez estaba más lejos de eso que tanto adoraba.

No sé como aparecí en un barco “Monte Udala”. Era hermoso; no entendía nada pero estaba perdiendo, sin darme cuenta, mis tesoros: “el pueblito” que amaba, mis abuelos que adoraba y mis tíos. Pasaban los días y las noches, y seguíamos viajando en el barco, pero no me daba cuenta a dónde íbamos, ni pensaba nada sobre lo que había dejado atrás. Mi madre lo pasó mal, mi hermana con su corta edad no percibía nada, yo correteaba todo el día sin pensar en lo que extrañaría. Fue un viaje hermoso, para mí era un hotel cinco estrellas. Tenía luz y agua, que en el pueblo no había. Plancha para planchar la ropa, radio, que yo nunca había visto. Me acuerdo del comedor del barco como un restaurante de lujo, en mi mente yo lo comparo con el Titanic. También me encantó la fiesta en alta mar, el simulacro de hundimiento, después una gran comida y juegos, carreras de embolsados, juegos en las piscinas, etc. Para mí fue un viaje inolvidable, aunque era chica no he logrado olvidar ningún detalle. No me daba cuenta a dónde me dirigía y qué era lo que el destino me tenía preparado.



Esta foto fue sacada cuando mi padre se vino a Uruguay.

MI VIDA EN URUGUAY

Cuando llegamos a Montevideo el 20 de octubre de 1957, a las 12 de la noche, vi la fortaleza del Cerro de Montevideo toda iluminada, y el faro con su luz más potente. Mi padre nos estaba esperando en el puerto, aunque yo no lo conocía. En mi mente no lo registraba, me había olvidado. ¡Claro!, fueron tres años sin él.

Así empezó mi vida en el Uruguay, Montevideo. A mi padre yo no lo quería, le decía tío. Mi padre me compró un muñequito chiquito que parecía un niño Jesús jese muñeco fue el único que tuve en toda mi vida!

A quince días de dejar mi pueblo, el sentimiento de añoranza de lo que dejé se hacía cada día más fuerte. Me acuerdo que la gente del barrio me hacía hablar porque le gustaba mi acento (pronto lo perdí). En muchas oportunidades me sentí discriminada, me decían “gallega” y algunas otras cosas que es mejor olvidar.

Al llegar al Uruguay, yo recién había cursado segundo grado en España y aquí tuve que cursar nuevamente ese grado. Pronto empecé la escuela: fui a una escuela pública muy chiquita, donde las aulas parecían vagones de tren. Hoy en día en ese lugar hay otra escuela y liceo.

A esa altura comenzó en mí un pensamiento casi fijo, la melancolía de saber que no volvería a ver a mis abuelos porque estaba tan lejos, sufría y lloraba en silencio. Gran parte de mi vida me pasó esto de llorar en silencio porque añoraba ver a mis abuelos queridos que los había dejado. También de recorrer el pueblito, tocar las piedras, ver la morera, las cuevas de tierra blancas, con las cuales se pintaban las casas. También recuerdo las cigüeñas, dando vueltas alrededor del pueblo, despidiéndose hasta el próximo año.

Mis padres, aquí en Montevideo, en el barrio Piedras Blancas, vivían en la casa de sus tíos, pero al poco tiempo compraron un terreno (con una casillita (*sic*)) en la misma cuadra que vivíamos. Lo compraron y pagaban por mes. Un primo les ayudó y les prestó dinero. Era una casilla muy precaria, cuando había viento parecía que se iba a volar.

Éramos muy pobres, pero mis padres trabajaban día y noche para poder salir adelante. Plantaban coles y nabizas como en España, y pronto entraron en conversación con unas monjas que pasaban siempre. Por las plantaciones, ellas enseguida se dieron cuenta de que eran españoles pues ellas también lo eran. Tenían el colegio “Divina Pastora”, a dos cuadras de nuestra casa, y les propusieron a mis padres que me mandaran a su escuela, que no me cobrarían. Hasta me daban ropa y comestibles que venían del exterior. Allí me inscribieron en tercer año. Tuve una maestra, una monja joven española, que yo quería mucho. Luego, los años siguientes tuve maestras que no eran monjas. Yo venía de la escuela, limpiaba la casa, hacía los deberes, y luego les ayudaba a mis padres a coser: horas me pasaba cosiendo, y si tenía tiempo jugaba.

Mis padres, trabajando mucho, lograron hacer una casa al frente y quedó la casillita al fondo. Cuando yo cumplí trece años nació mi tercera hermana, Miguela. Era tan deseada por mi otra hermana y por mí que la teníamos como una muñeca.

Empecé el liceo, pero seguía ayudando a mis padres para entre todos poder terminar la casa. Toda mi vida sufrí en silencio. Cuando yo tenía die-



ciséis años falleció mi abuelo, y quedaba todavía mi abuela, que la adoraba, pero seguía sin poder ir. También a mi tía, que era mi madrina y la quería mucho. Ella me había enseñado a leer y escribir. A medida que pasaban los años me fui resignando de no poder volver a ver más a mis seres queridos, ni los tesoros de mi pueblito.

A los diecinueve años conocí a mi primer y único novio, el que es mi actual marido. Al año y medio nos casamos. Trabajábamos los dos: Yo estudié para mecánica dental, pero como me era más fácil trabajar cosiendo, porque de chica me había criado entre ese trabajo, me dediqué unos años a coser. Hacía pantalones de verter (*sic*) para “La casa del

uniforme”, y también en fábricas de prendas de exportar. Mi marido estaba terminando de estudiar maquinista naval y estaba trabajando en ANCAP. Al año y medio tuvimos nuestro primer hijo, Marcelo. Siempre trabajando para poder salir adelante y tener algo. Cuando nuestro hijo tenía dieciocho meses tuvimos el segundo hijo, Andrés.

Luego falleció mi abuela materna. Yo la adoraba, y sentí que mi mente ya no lloraba más por ir, al no tener mis dos abuelos que tanto los quería. Eran mis amores. Seguía teniendo a mis tíos y mi pueblito, aunque cambiado, moderno con luz y agua, sin los castaños en el costado de la carretera, sin el trillado del trigo, sin la lana de las ovejas y sin el hilado del lino en la rueca a la luz del candil, sin el braserito de lata, sin muchas cosas naturales que el modernismo sepultó.

Ante todo esto que vivía y que pasaba en mí, yo seguía luchando. Queríamos tener nuestra propia casita, porque estábamos alquilando. Mi suegra, la madre de corazón, nos vendió una casita muy precaria que ella tenía alquilada, se la pagamos como pudimos. Nosotros estábamos pagando alquiler, y a su vez pagando a un abogado para echar la gente que estaba alquilando la casita, que no nos pagaban nada. Nos llevó como dos años y medio darles el

desalojo, pues antes era peor que ahora. A veces no teníamos dinero ni para la leche de los niños, porque se nos hacía difícil pagar todo esto y vivir. Luego nos entregaron la casita, toda rota con el baño afuera, y el techo se llovía por todos lados. Pero igualmente nos mudamos con los dos niños. Éramos felices porque teníamos algo que era nuestro.

Pronto nos vino una luz: Pidieron maquinistas navales para Venezuela, y se anotaron como seiscientas personas, entre ellos mi marido, quien tuvo tanta suerte que entre los siete elegidos que él fue uno de ellos. Tenía veintitrés años, y nada de experiencia. Así fue contratado para emigrar a Venezuela, a una empresa americana “Universi Zansps” en Puerto Ordaz. Otra vez el tema de la emigración retornó a mi vida, de la misma manera que le sucedió a mi madre. Éramos jóvenes, teníamos dos niños chicos, pero era el momento, había que sacrificarse por tener algo mejor.

Mi marido se fue y yo me quedé aquí con los niños. En cierta forma la historia se volvía a repetir. Vino a los ocho meses, estuvo veinte días con nosotros, luego se fue y volvió ocho meses después, y cuando llegó ya pudimos comprar una casa linda y nos mudamos, era en el barrio del Cerro. Nos quedamos en esa casa, y mi marido se volvió nuevamente. Trabajaba en una draga “Icoa”, impresionantemente grande, dragaba el río Orinoco.

En la casa nueva yo me sentía que flotaba. No tenía casi muebles, me parecía que esa casa no era nuestra; sufría mucho porque lo extrañaba, lo quería mucho y lo amaba. Era joven, con los dos niños, tenía plata, no precisaba trabajar, pero extrañaba mucho y al poco tiempo nos fuimos a Venezuela los niños y yo.

Allí en Venezuela teníamos un apartamento muy lindo, pero nos veíamos cada veintiocho días.

Yo extrañaba mucho el Uruguay, era como que había revivido en mí la historia vivida en la niñez. No podía estar, extrañaba todo, nuestra casa que habíamos comprado, mis padres, mis hermanas, no sé, los árboles, las plazas, la vida aquí, una segunda patria a la que me había acostumbrado. Estuve en Venezuela casi dos años. No veía la hora de volver. Cuando volvimos, con algo de dinero, nos compramos un taxi, pero aquí uno pierde la mitad de lo que trae. Seguimos aquí en Uruguay, luego tuvimos nuestro tercer hijo, Nicolás. Al igual que mis padres, pasaron trece años para tener el tercer hijo.

Mi marido, Reynaldo, aquí trabajaba en el taxi, porque no había trabajo en los barcos. Yo seguía trabajando en lo que hubiese. Vivíamos en la casa del Cerro, más tarde nos mudamos a un apartamento en el barrio Paso Molino. Luego vendimos el taxi, y mi marido empezó a trabajar en el ómnibus como conductor. Mis padres continuaban viviendo en Piedras Blancas.

Soy una persona conservadora, que adora la vida en familia. Me gusta que las familias se integren, se quieran, que no se pierda eso de hermanos, abuelos, tíos y primos. Es probable que mi historia de vida haya influido en ese deseo constante de ver a la familia unida.

Mis hermanas se casaron y tienen tres hijos cada una. Lo más triste es que hace seis años perdimos a mi madre, que la quería mucho, y todavía no lo he podido aceptar. La recuerdo siempre, la veo y de noche sueño con ella. También le gustaba que la familia se integrara, pensaba que nunca se iba a ir, y aún me parece mentira.

Mis tres hijos ya tienen su casa con sus señoras: Claudia, Serrana y Ana. Yo los quiero mucho y a ellas también. Todavía no tengo nietos, pero espero tenerlos pronto. Son trabajadores y hogareños, y sus señoras también.

Tengo cinco sobrinas y un sobrino, que también los quiero. Mi sobrina mayor, Gabriela, que es mi ahijada, recientemente tuvo una niña hermosa a la que llamó Lucía. Es la florecita de la familia, pues es la más chiquita.

También tengo un perro y dos perras, una de ellas, "La Loli", que me acompaña, es un tesorito, es como una personita. Parece un muñeco de peluche. Es chiquita, cariñosa, es como la nietita que todavía no tengo.

A pesar de todo esto que he vivido y que tengo, en mi mente está mi pueblito, San Vitero, detenido en el tiempo, esperando algún día poder verlo nuevamente, con todo su modernismo, aunque me siento a la vez triste de perder toda esa postal, natural e inocente, de la época en la que viví.



Mi abuelo, mi abuela hilando, y una vecina.